



EL ZORRO Y LAS UVAS

Por un colorido valle
caminaba un zorro hambriento,
buscaba huevos, gallinas;
un almuerzo succulento.

Y de pensarlo nomás
se le hacía agua la boca.
Imaginaba tortillas
y guisitos de mandioca.

Afinaba los sentidos
del olfato, de la vista,
apenas allá a lo lejos
creía ver una pista.

Clavaba el hocico al piso,
esquivaba troncos, ramas,
y avanzaba con astucia.
No en vano tenía su fama.

Así confundió un zapato
con un sanguche de queso
y cuatro piedras tiradas
con un asado con hueso.

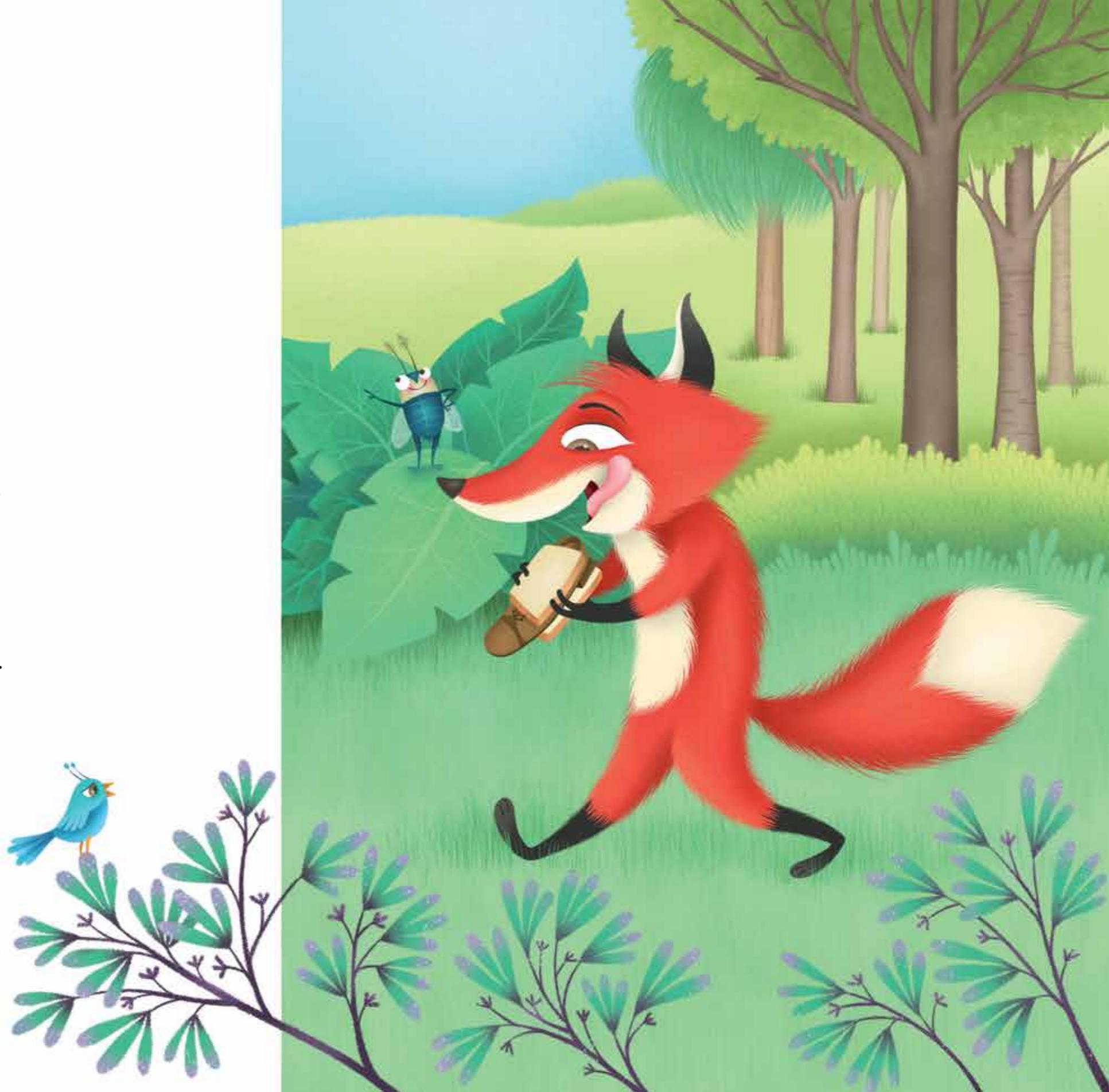
Hasta se pasó la tarde
cocinando tres cortezas.
Pues estaba convencido
de que eran tres milanesas.

Por eso es que cada tanto,
se lastimaba la boca.
Es que no es recomendable
andar masticando rocas.

Con renovada energía
le preguntó a la Cigarra
quien le señaló un camino
donde encontrar una parra.

Esta vez, más animado,
enderezó un poco el porte,
relamiéndose avanzó,
derechito para el norte.

Al cabo de un buen rato,
muy cerca del mediodía,
le croaba ya la panza
y sus patas le dolían.





Buscó enseguida una sombra
para descansar un poco.
Alzó sus ojos al cielo...
¡creyó haberse vuelto loco!

Cientos y miles de uvas;
grandes, dulces y violetas,
y hasta creyó ver raviolos
y lengua a la vinagreta.

Y saltó como un resorte,
se esguinzó y le dio un calambre.
Ya ni las patas sentía,
mezcla de orgullo y de hambre.

Al final, trepó a la parra,
ser ágil era su fuerte.
Pero se llenó de astillas,
¡esto sí que es mala suerte!

Arruinado y derrotado
(si no se gana, se pierde)
nos dijo el zorro abatido:
“¡Las uvas estaban verdes!”

